

“LO MÍO ES EL DESAFÍO DE LA CREACIÓN Y LA EFICIENCIA”

Obdulio Manini

Los orígenes

Nací un 8 de agosto de 1928 en Quilmes, hijo de padres argentinos de ascendencia italiana. Mi papá, un hombre de gran creatividad y vocación artística, era jefe en los talleres de la cervecería Quilmes. Yo fui el mayor de dos hermanos.

Cursé la primaria en la escuela pública de mi zona. Tras graduarme de la secundaria en el colegio industrial de Quilmes, conseguí mi primer trabajo en un taller de transporte de correo neumático, donde fabricaban los equipos para enviar correspondencia. Empecé barriendo. Y, para colmo, era *ad honorem*. Pero no me importaba. Lo que yo quería era aprender todo lo que pudiera sobre las máquinas.

Durante mis años en el servicio militar hice el bachillerato como estudiante libre; fui desarrollando una clara vocación naval. Quería navegar. Así que empecé a estudiar para ser maquinista. Mientras tanto, me ganaba la vida en los talleres de la cervecería Quilmes, donde mi padre me había hecho entrar.

El mejor trabajo del mundo

Me desempeñé en la importante usina de Cervecería Quilmes, con calderas, máquinas a vapor y turbinas... Me sentía en mi medio. Al poco tiempo, se me presentó una oportunidad maravillosa. Otto Bemberg, el dueño de la cervecería, tenía un hermoso yate en el Tigre. Y su maquinista acababa de jubilarse. Bemberg se enteró de que yo era maquinista naval y me ofreció el puesto.

Era un trabajo soñado. Tenía la oportunidad de navegar, conocía gente interesante, ganaba muy bien y aprendía negocios del mismísimo Otto Bemberg, en las innumerables conversaciones que teníamos mientras viajábamos desde el Tigre hasta Punta del Este. “Dedicate al rubro de la alimentación”, me decía. “La gente siempre va a comer”.

Pero la *“dolce vita”* no podía durar para siempre. Después de tres años tenía que pensar en armar mi carrera y mi vida. Cuando me fui de ese trabajo, tenía

una excelente formación técnica-mecánica, que me habilitaba a ser jefe de máquinas en cualquier empresa importante.

La vida en la corporación

A comienzos de la década del '50 entré a trabajar en la oficina técnica de una importante multinacional francesa. Seis meses después, me habían ascendido a Jefe del Departamento de Ingeniería. Al poco tiempo, ya era subdirector. Tenía casa, auto, vacaciones y perspectivas de carrera.

La empresa me ofreció enviarme a Francia a especializarme, para regresar luego con el cargo de director general para Argentina. Era un puesto muy bien remunerado y de gran responsabilidad. Una oportunidad por la que muchos habrían hecho cualquier cosa. Pero yo no. Para mí, aceptar esa posición significaba sacrificar mi libertad, que era lo que más valoraba. Los franceses creyeron que yo había perdido la razón cuando les dije que me iba de la empresa para probar suerte con un proyecto propio en un tallercito de cinco por seis en Quilmes.

El proyecto propio

En 1956, con un ex compañero de estudios, fundamos una empresa de fabricación de maquinaria. Nuestro primer producto fue una guillotina para cortar chapa, proyectada con estructura de chapa soldada, unas de las primeras en su tipo en el país. Le sacamos una foto de muestra y salimos a venderla. Nos pidieron siete, cuando aún ni siquiera habíamos terminado de instalar el taller. Al poco tiempo desarrollamos plegadoras-cilindradoras y el lugar nos empezó a quedar chico. Tuvimos que ampliarnos y usamos parte de la calle. ¡Todavía están las marcas sobre el pavimento!.

Con el tiempo, empezamos a tomar encargos de mayor envergadura. Proyectamos y fabricamos, por ejemplo, líneas completas para lavaderos de lana. Eran máquinas a pedido, que involucraban una gran complejidad técnica. Cada línea medía cien metros, con sus sistema de transporte neumático y prensas de enfardado. Nuestra tarea fue automatizar un proceso que, hasta entonces, era en gran parte manual.

Si bien seguíamos fabricando productos seriados como las guillotinas, empezamos a especializarnos en líneas de automatización industrial, y también en puentes grúa. Teníamos unos ochenta empleados y una empresa en crecimiento.

Fuimos los primeros fabricantes en Argentina de líneas de planchado y cortes para acero-aluminio-cobre, partiendo de material en bobinas.

Un nuevo proyecto: una fábrica de fábricas

En 1975, por algunas diferencias de criterio en el desarrollo técnico del negocio, decidí que era momento de iniciar un nuevo proyecto. Así que me fui, sin medir las consecuencias. Yo ya estaba casado y con dos hijos. Pasé algunos meses difíciles. Pero, a lo largo de los años, me había ganado una reputación impecable. La gente venía a ofrecerme trabajo. Así fue como me contrataron para montar un frigorífico en Bolivia. Yo desarrollé todo el proyecto, desde la planificación hasta la puesta en marcha.

Ese fue el inicio de mi nueva empresa. Mi experiencia anterior me había enseñado que lo mío no era la fabricación. Lo que yo quería era una oficina técnica que hiciera proyectos para otros. Aunque pronto descubrí que era imposible. Cuando necesitaba producir las cosas que proyectaba, no conseguía que lo hicieran con los estándares de calidad que yo exigía. Así que tuve que volver al campo de la fabricación.

No tenía capital, pero sí un programa de trabajo muy importante por delante. Le pedí a un cliente que me pagara todo un proyecto por adelantado. Lo hizo, porque la gente me conocía y confiaba en mí. Y con ese dinero, en 1978, puse en marcha mi nueva empresa: SECIN S.A.

Mi negocio es construir fábricas completas a pedido. El cliente nos dice lo que necesita. En base a sus instrucciones, nosotros proyectamos el trabajo y, al final, le entregamos la fábrica completa, llave en mano.

Trabajando en un entorno difícil

En mis años como industrial, he tenido que enfrentar las distintas circunstancias que me ha presentado la Argentina. La época de la convertibilidad fue muy dura. Sobrevivimos gracias a nuestra reputación y fundamentalmente a la Ingeniería. Por eso, los bancos siempre nos prestaron cuando lo necesitamos. Sabían que éramos gente honesta y trabajadora. No hay más secreto que ése.

Los argentinos tenemos todo para que nos vaya bien. El argentino promedio es una persona capaz, con un nivel cultural superior al de otros países, gracias al contexto social. Mi trabajo me ha llevado en más de una oportunidad a Europa. Y puedo decir con confianza que nosotros somos más cultos. Tenemos una mano



de obra especializada que no tiene nada que envidiar a las primeras potencias industriales.

Lo que nos falta es cultura de trabajo, que se ha perdido como fruto de la decadencia en la educación. Necesitamos coordinarnos para trabajar mejor. No trabajar más, trabajar mejor, ser más eficientes. La falta de disciplina laboral nos hace malgastar mucho tiempo. Con esto, no me refiero a que las fábricas deban ser sitios militarizados. Los mejores resultados se obtienen cuando se trabaja en un buen clima. Es necesario dialogar más. Los argentinos pasamos muy poco tiempo discutiendo nuestro futuro, debemos pensar cuanto más podemos hacer mejor. Mirar nuestro futuro en base a un proyecto conjunto.

SECIN, hoy

A lo largo de su historia, SECIN ha enfrentado y superado los más arduos desafíos técnicos, con perseverancia y creatividad. Hemos trabajado para los rubros más diversos, tanto en la Argentina como en el exterior. En España estamos trabajando en automatización de procesos industriales, por los muchos realizados en nuestro país.

Nosotros, entre otros emprendimientos, hicimos las principales cervecerías de la Argentina, Chile y Paraguay. En esa especialidad, proyecté el primer reactor de fermentación cerrada con recuperación de CO₂. Hemos proyectado equipos muy importantes para siderurgia en la Argentina y Venezuela. En los últimos años, hemos participado en muchos proyectos vinculados con el petróleo y con el gas, como la torre de setenta metros y doscientas toneladas que hicimos para la refinería de YPF en Ensenada.

Por la envergadura de proyectos en los que trabajamos, tenemos naves de ciento cincuenta metros de largo en nuestra planta de Quilmes. Hacemos fábricas y equipos muy grandes y necesitamos mucho espacio para trabajar. En la fabricación de un convertidor de gas de 500 toneladas en acero inoxidable para Arabia, debimos alquilar los talleres del Astillero Domecq García para su armado, dadas sus dimensiones y posibilidad de su embarque.

Siguiendo con la inquietud de crear industria, en 1988 adquirimos la firma de prensas y balancines mecánicos El Galeón, reconocida en toda América. Seguí desarrollando tecnológicamente a esta empresa que hoy vende en la Argentina y en toda América Latina.

El legado

Conozco a mi señora, María del Pilar, desde los seis años. Su padre, que era sastre, le hacía la ropa al mío. Ella es egresada de Bellas Artes, y fue un apoyo fundamental en los momentos más difíciles. Se arremangó cuando tuvo que arremangarse. Tuvimos dos hijos. Luis, que trabaja conmigo en la empresa. Y Alejandra, mi hija mayor, que estudió Artes y es docente universitaria en Italia.

Nunca quise irme de Quilmes. Me gusta salir a caminar y encontrarme con los amigos de toda la vida, con quienes sigo compartiendo mates y asados. Además, cerca de mi casa está el club náutico, donde tengo mi barco. Siempre traté de involucrarme en la vida social de mi zona y de ayudar a cuantos he podido. Soy presidente de la Asociación Amigos de las Artes de Quilmes, donde organizamos actividades culturales como conciertos, conferencias, entrevistas, etc.

Cuando miro dónde empecé y dónde estoy, no me creo lo que he logrado. No desde la parte económica. Todo mi esfuerzo siempre estuvo volcado a la empresa. Nunca me guardé para mí. Soy uno de esos románticos tontos que los hay de a montones.

Hoy sigo trabajando todos los días, con la pasión de siempre. Mi hijo Luis, Ingeniero Mecánico, es presidente de la compañía y tiene la responsabilidad de



llevarla a nuevos horizontes. Tengo la suerte de sentirme muy feliz trabajando junto a él, su capacidad, su hombría de bien, es una de mis mayores felicidades. Juntos hemos fundado CIPIBIC, la Cámara de Industriales de Proyectos e Ingeniería de Bienes de Capital de la República Argentina.

En SECIN, él se ocupa de la parte administrativa, la dirección general y además la dirección de ventas, y yo sigo en el departamento de ingeniería, desarrollo y fabricación y dirigiendo nuestra otra empresa, El Galeón. A mí me gusta crear, hacer cosas. No es para hacerme millonario. Para ser rico, no hay que hacer industria, hay que meterse en el comercio. Pero a mí no me gusta comerciar. Prefiero el desafío de la creación.